El hombre muere para el vulgo; pero sus virtudes y saber lo hacen célebre, y vive para la posteridad.

EL AUTOR.

SEÑORES:

LA última ofrenda que puede darse en los momentos en que nos encontramos, es la del sentimiento; permitidme que yo sea el que la coloque sobre el más santo de los altares: el sepulcro. Vengo á ser el intérprete sentimental de la Sociedad Pedro Escobedo, la que me honra, legándome sus derechos ante el cadáver de un hombre. . . . . No vengo, por cierto, á derramar sobre este ataúd las lágrimas fervientes de mi dolor profundo, nó; traigo el llanto inmenso de la Sociedad Médica, para embalsamar con él el cuerpo presente é inanimado de uno de sus miembros predilectos. . . .

Maravillosa es, en verdad, la sucesion de los reinos de la naturaleza. El párvulo que nace y el decrépito que muere. En estos dos períodos está encerrada la endeble vida humana; fuera de ellos no hay más que la nada y la eternidad. La cuna y el sepulcro, hé aquí el itinerario de la muerte. De la muerte que arrebata á la jóven esposa el fruto de su primer amor; que arranca al hijo el padre que le dió el sér; que le arrebata al padre el hijo que es su esperanza, su orgullo, su porvenir, el báculo de su ancianidad. . . . La muerte, en su mision de exterminio, nada respeta, parece que se regocija en acabar con lo más santo, con lo más grande, con lo más digno, virtuoso y amado que existe sobre la tierra; le tiene envidia al mundo y se empeña en despojarlo de

sus adornos, porque la muerte se alimenta de sufrimientos y dolores. Bajo la influencia del más grande de ellos, del más terrible y muy legítimo, nos reunimos hoy en este lugar en que la vanidad del hombre ha levantado monumentos á la sacrificadora de la raza humana. Estamos en el misterioso recinto de la muerte: mirad, mirad sus victorias: allí, está el soldado del pueblo que con su sangre conquistó un laurel inmarcesible para su patria; allá, se halla el apóstol de la independencia que nos legó nuestra libertad; acá está el. . . . . pero . . . dejémos á los muertos de ayer durmiendo el sueño, del que no despertarán sino el último dia de los tiempos. . . . . Tenemos al frente una nueva víctima; venimos á cavar una nueva fosa; vamos á escribir un nuevo nombre en el catálogo de los séres benéficos que fueron.

Pero ¿por qué al desempeñar tan triste mision, nuestros ojos se inundan de lágrimas, el corazon se oprime de dolor y apenas podemos balbutir un *adios* que tiene de ser eterno? ¿Acaso no nos hemos habituado á tener pura nuestra conciencia en la vida para mirar con valor que llegue la muerte? ¿Por qué desesperarnos hoy? ¿por qué abatirnos? ¿quién es el que ha desaparecido, y qué causa produce nuestro sentimiento y dolor? es. . . . . *Miguel Jimenez*. . . . . ¡Oh! no, no ha muerto; su cuerpo está exánime, es verdad; pero su memoria vive pura en nuestros corazones agradecidos; ante nosotros está aún nuestro venerado y querido maestro, aunque frio, inerte, inanimado. . . . Este recinto que actualmente ocupamos por su memoria, aun está lleno de su amor y embalsamado con el hálito de sus virtudes; arde todavía sobre la plancha del anfiteatro la antorcha que alimentara el esplendor de los conocimientos que nos trasmitiera; todavía nos sentimos animados al conversar contigo, querido maestro, aunque de esta triste conversacion de despedida eterna, no se ha de escuchar la voz de tu respuesta. . . . . .

Decidme, Señores, ¿no estais sintiendo ahora mismo que esa alma con cuyo cariño abrigaba á la humanidad entera, nos está dominando y estrechando en consuelo providencial, vinculado en esta reunion de lágrimas y de dolor? . . . Sí: tu aquí, en esta mansion de pena has convocado á todos tus discípulos, á todos tus compañeros, á todos tus amigos á presenciar tu marcha, á saborear tu amarga despedida, no por la última vez, nó, porque tu presencia y recuerdo son imperecederos en nuestros corazonos agradecidos. . . . . No nos pides llanto desesperado; no exiges de nosotros el más leve sacrificio; deseas nada más una sola lágrima caliente con el ardor de la constancia para afirmar con ella el pacto sacrosanto de amor, abnegacion y caridad para con la humanidad

doliente, que tú más que otro alguno sancionaste con tu ejemplar virtud y relevante mérito.

Ya lo veis, todavía está presente el sacerdote de la humanidad, y ya es aquí impotente la muerte para poder arrebatarlo: aquí, aquí velará por siempre sobre la ciencia que difundió; sobre la caridad que practicó; porque la ciencia, la caridad y su espíritu benefactor están aun más allá de los terribles contratiempos de esa parca inexorable.

En este mismo lugar en que estamos hoy fué el labrador de la ciencia, la cultivó con esmero y, hé aquí, que nosotros hemos recogido los opimos frutos de su profundo saber, y por tanto, Señores, no puede morir nunca su recuerdo, porque los deberes de gratitud quedan indelebles en el corazon.

Al abandonarnos para siempre, nos lega en herencia, verde y florido el árbol precioso del saber, que regó con la constancia del estudio y observacion; aquí juramos conservarlo con los conocimientos que nos trasmitió; aquí vendrémos á abrigarnos bajo la sombra de su ciencia, y aquí, por último, acudirémos unánimes á recordar las virtudes que lo han hecho digno é inmortal ante la sociedad entera. . . . . .

No solamente los hijos de Marte conquistan laureles de inmortalidad; para el sacerdocio de la humanidad doliente hay tambien laureles. Los triunfos del soldado están siempre manchados con sangre, miéntras que el ministro del doliente santifica sus triunfos con el restablecimiento de esa misma humanidad. La espada destruye, la medicina regenera. La mano que lleva la salud al palacio del magnate, á la choza del labrador ó á la modesta casa del artesano, esa mano. . . . . debe ser besada con respeto y veneracion.

Sacerdote insigne de la ciencia médica, tú que supiste cumplir con los deberes que te impusiera tu alta y noble mision, tú que con tanta caridad, abnegacion y celo consolabas al desgraciado, recibe nuestro postrimero *adios;* la sociedad te llora, siente hasta lo infinito tu pérdida irreparable, y las lágrimas del pueblo, derramadas con profusion, son el más exquisito apoteosis del hombre.—He dicho.

Jesus Oñate.